

JUAN MARIO

Carlos Gustavo Cano¹

Le faltaba un mes para cumplir 49 años. Supe de su nacimiento el día 26 de agosto de 1967 por su padre, don Mario, el fundador de la Universidad de los Andes, uno de los más importantes humanistas del país, y, para mi honra y orgullo, tutor y amigo desde mi paso por allí como estudiante de la Facultad de Economía. Su madre, doña Liliana Jaramillo, es una distinguidísima dama nacida en Manizales. Su abuelo paterno, don Pachito Laserna, un antioqueño proveniente de Marinilla y propietario de una célebre arriería de la época, se afincó en Ibagué, donde lideró el desarrollo del cultivo del arroz en la meseta que lleva el nombre de la ciudad, a la par de la construcción de sus primeros servicios modernos de telefonía y energía.

Juan Mario, amparado y guiado por la vasta cultura universal de don Mario, recibió una educación propia de los príncipes. Pasó por los más prestigiosos colegios y universidades de Francia y Estados Unidos. De suerte que, además de refinado economista con las más altas dotes académicas, se formó como un genuino letrado en disciplinas como la historia, la filosofía, las matemáticas y las lenguas, y en materias tan complejas como la seguridad y la defensa brilló como especialista excepcional. O sea que su formación integral lo convirtió en una especie de enciclopedista de la era contemporánea.

Tras haber ingresado a la edad de 24 años al ministerio de Hacienda, estuvo en el de Defensa y en el Departamento de Planeación Nacional. Luego fue consejero económico del presidente Gaviria y secretario privado cuando este asumió la Secretaría General de la OEA. Posteriormente fue Viceministro de Hacienda y director de Crédito Público durante la administración de Andrés Pastrana, cuando dejó huella imborrable por su sapiente manejo de la crisis del final del siglo anterior. Ello le valió la invitación del BID como asesor en mercados de capitales.

¹ Codirector del Banco de la República

En 2005 ingresó conmigo, por designación del presidente Uribe, a la Junta Directiva del Banco de la República. Desde entonces, trabé con él una grande y estrecha amistad, cargada del más sincero afecto mutuo. Debo decir que nuestra condición de colegas en el banco central me permitió, no obstante nuestra distancia generacional, al igual que me sucedió con su padre, recibir de él las más refrescantes enseñanzas en los diversos ámbitos del conocimiento que dominaba.

Finalmente, antes de abrazar el periodismo como la última de sus pasiones, ocupó una curul en el Senado, donde se distinguió como la primera autoridad del poder legislativo en el área económica.

Pero por sobre todas las grandes ejecutorias de su vida como hombre público, hay que resaltar su excelsa y sin igual calidad humana. Fue un hombre tan probo como inteligente y capaz. En extremo generoso y ajeno a cualquier asomo de vanidad o arrogancia. Bueno, sencillo y cariñoso como el que más. Las máximas virtudes que pude verificar en él durante estos últimos años caminando juntos las hallé interpretadas fielmente en palabras de Vicky Dávila: “la ternura de un niño y las habilidades de un maestro...Ese era Juan Mario.”

Bogotá, 25 de julio de 2016